

¿LA PRIMERA HISTORIA DE LA LITERATURA
HISPANOAMERICANA? EL PROYECTO HISTORIOGRÁFICO
TRANSNACIONAL DE LA *REVUE HISPANIQUE*

Isabel DE LEÓN OLIVARES*

UNA INVITACIÓN

Hacia finales de 1915, instalado nuevamente en Estados Unidos, tras abandonar un México convulsionado por la revolución y una Cuba que nunca acababa de convencerlo, Pedro Henríquez Ureña recibió por parte del escritor peruano Francisco García Calderón —viejo amigo epistolar— una invitación:

Muy señor mío:

El gran hispanista Don Raymundo Foulché-Delbosc, Director de la *Revue Hispanique*, editada en París y Nueva York, y que Ud. sin duda conoce, comenzará a publicar próximamente una serie de estudios americanos. Me ha encargado que pida a los mejores escritores de América artículos sintéticos acerca de las literaturas nacionales. Me dirijo a Ud. como a escritor representativo. ¿Podría Ud. escribirnos un estudio-resumen sobre la literatura de México? En caso afirmativo le agradeceré que me lo remita en el más breve plazo.

Las condiciones de publicación de la *Revue Hispanique* son las siguientes:

1) El estudio comprenderá a grandes rasgos, pero con la mayor documentación bibliográfica posible, la historia de la literatura de su país desde la conquista española hasta la fecha y no excederá de 125 páginas [*sic*] (calculando por página impresa).

2) La *Revue Hispanique* remunera al autor con cinco francos por página impresa.

3) El autor del estudio cede la propiedad de éste a la *Revue Hispanique*, comprometiéndose a no publicarlo por su cuenta en folleto ni en libro.

4) Del estudio se hará, si el autor lo desea, una tirada aparte. Los gastos que ésta origine se deducirán de la suma que se entregue al autor.

* Programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Me permito subrayarle la importancia de esta serie de estudios críticos que darán a conocer en Europa la cultura de América y formarán en conjunto la primera historia de la literatura hispanoamericana, escrita con más amplio y comprensivo espíritu que la obra de Menéndez Pelayo sobre la lírica nuestra puesto que el punto de vista para juzgar y admirar será cordialmente americano.

Por este correo envío a Ud. el primer estudio de la serie, sólo para indicarle, mejor que con las explicaciones más arriba emitidas, lo que se pretende hacer.

Agradeciéndole de antemano una pronta respuesta, aprovecho la oportunidad para ofrecer a Ud. [ilegible] es de mi consideración más distinguida.

De Ud. atto. y ss.

F. García Calderón

P.D. Las respuestas deberán ser enviadas a Ventura García Calderón, 3, rue Dalou, París.¹

Escribir estudios sintéticos sobre la historia de cada una de las literaturas nacionales de América Latina, de tal suerte que la suma de todas las partes diera por resultado la “primera historia de literatura hispanoamericana”, preparada desde un punto de vista “cordialmente americano”. He ahí la invitación que Francisco García Calderón le hacía a Pedro Henríquez Ureña en esta carta inédita. Sabemos que, por lo menos, siete “estudios críticos” fueron producto de tan ambicioso proyecto: “La literatura peruana” de Ventura García Calderón; “La literatura dominicana”, de Federico García Godoy; otra “Literatura dominicana”, de Pedro Henríquez Ureña; “La literatura uruguaya”, de Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata; “La literatura boliviana”, de Abel Alarcón; “La literatura colombiana”, de Antonio Gómez Restrepo, y “La literatura cubana”, de Max Henríquez Ureña. Los seis primeros textos aparecieron, efectivamente, en la *Revue Hispanique* de París entre los años de 1914 y 1918, en sus números 80, 91, 98, 100 y 103. El último, de Max Henríquez Ureña, nunca se publicó en la revista francesa y, sin embargo, numerosas epístolas dan cuenta de su existencia y posterior publicación en una revista cubana llamada *Archipiélago*.

En este trabajo nos proponemos reconstruir y examinar la red intelectual que estuvo en la base de la concepción y realización de este proyecto historiográfico de literatura hispanoamericana. En efecto, por tratarse de un emprendimiento transatlántico, concebido desde Francia pero dirigido a autores latinoamericanos, tuvo que hacer de las redes intelectuales uno de sus soportes clave, a fin de dar paso, si no a un proyecto del todo coordinado, al menos a posibles diálogos e intercambios a distancia entre autores ubicados

¹ Carta de [Francisco] García Calderón a Pedro Henríquez Ureña, París, 12 de noviembre de 1915, Archivo General de la Nación de República Dominicana (en adelante AGN), cartas PHU_8, carpeta 13_carpetilla 4, 2 fojas.

a ambos lados del océano. Como intentaremos mostrar a partir del análisis de la prolífica correspondencia de los hermanos Henríquez Ureña, una de las peculiaridades de la red que se conformó como causa y efecto del proyecto es que estuvo integrada por destacados intelectuales latinoamericanos, algunos de ellos en camino hacia su autodefinición y profesionalización como estudiosos y críticos de la literatura. Alfonso Reyes, Francisco y Ventura García Calderón, Pedro y Max Henríquez Ureña, José Chacón y Calvo, fueron algunos de los nodos que confeccionaron el entramado. Recuperando lo señalado por Sergio Ugalde (2016) en relación al caso de Alfonso Reyes, podemos decir que desde muy temprano, estos escritores se esforzaron por tender puentes con los principales filólogos e hispanistas del mundo, con miras a la fundación de los estudios hispánicos en América Latina y la institucionalización de la filología y la literatura como disciplinas académicas dentro de nuestras universidades. La relación que establecieron con Foulché-Delbosc fue parte de esos esfuerzos; podríamos decir que se trató de sus prolegómenos. Su participación en el proyecto historiográfico de la *Revue Hispanique* les permitió, en ese sentido, pugnar por la inclusión de América Latina dentro de los estudios metropolitanos sobre el hispanismo, así como proponer nuevos rumbos para una historiografía literaria latinoamericana en los umbrales del siglo XX.

LA RED DEL PROYECTO

Para reconstruir la red intelectual que estuvo en la base del proyecto historiográfico de literatura hispanoamericana de la *Revue Hispanique* habría que comenzar por ese nodo egocéntrico que fue, al mismo tiempo, su origen y destino: el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc (1864-1929). ¿Quién fue este personaje? Un “extravagante”, un “raro”, una “anomalía” que “estoy encantado de haber conocido”, le confesaba Alfonso Reyes a su amigo Pedro Henríquez Ureña, en una carta del 10 de julio de 1914.² Y es que de acuerdo con la descripción del escritor mexicano, Foulché-Delbosc fue un abogado de formación que de joven quiso llegar a ser cónsul en Oriente y después intérprete de lenguas orientales. “¿No te parece un plan absurdo en un joven? ¿No te parece revelar un temperamento extravagante? Yo me imaginaba que los intérpretes resultaban de casualidad, por fracaso o por aventura. Pero ¿trazarse el plan de ser intérprete, a los quince años? Este hombre debe ser un raro, en el fondo” (Martínez, 1986: 394-395). Al darse cuenta de que no ingresaría

² Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, París, 10 de julio de 1914 (Martínez, 1986: 386-398)

al mundo consular por falta de “protección” y por no ser hijo de uno de los de “la secta”, Foulché-Delbosc decidió abocarse al estudio de las “lenguas vivas”, primero, del alemán y, posteriormente, del español. Fue así como se convirtió en un destacadísimo políglota —especialista en árabe vulgar, turco, persa, griego, latín, inglés, alemán, español, portugués, catalán e italiano— pero, sobre todo, en uno de los principales cultores del hispanismo en Francia.

En efecto, como muestra el investigador Antonio Niño (1988), Foulché-Delbosc perteneció a la primera generación de hispanistas franceses, cuyo papel resultó fundamental en la construcción del hispanismo como disciplina académica en Francia. Este proceso, que se registró entre 1874 y 1931, supuso la transformación del hispanismo de un saber erudito en una disciplina con sus propias instituciones, sus autoridades, sus espacios de difusión, sus medios de consagración e, igualmente, sus rebeldes y marginados. En este contexto, Foulché-Delbosc fue discípulo directo del responsable de introducir los estudios hispánicos en la academia francesa y, además, de acuñar el término “hispanista” para referirse a su propia labor: Alfred Morel-Fatio (1850-1924). Este personaje, explica Niño, fue profesor de lenguas y literaturas de la Europa meridional en instituciones de enorme prestigio, como el Collège de France, la École des Chartes, la École Pratique des Hautes Études y la École des Hautes Études. Al interior de estos recintos, impulsó los estudios hispánicos bajo los principios y métodos de la filología alemana y el positivismo histórico:

El método científico por excelencia era pues el que se aplicaba a la depuración de documentos antiguos, según la técnica de la filología histórica. El trabajo modelo debía tener dos partes: por un lado el texto del documento, extraído, si existían varios manuscritos, del más antiguo y del más seguro, transcrito según las reglas de la crítica más atenta, traducido en caso necesario, enriquecido con notas que aclarasen los pasajes oscuros, y acompañado de glosarios y comentarios de todo tipo. Por otro lado, y precediendo al documento, una introducción, a menudo más larga que el mismo texto, donde se exponían las opiniones sobre el tema, se situaban los personajes en sus coordenadas históricas, se valoraba la importancia del documento respecto al conjunto del período, etc. En este proceso, los signos de científicidad cobraban una importancia extraordinaria: la abundancia de notas al pie de página, la aportación de pruebas que sirvieran de medios de control y de verificación de las afirmaciones que se hicieran, la abundancia de la bibliografía y la exactitud al citarla, y de forma muy especial, la sobriedad y la exactitud del estilo, pasaban a ser otras tantas pruebas de seriedad y de obra bien hecha (Niño, 1988: 57).

Defendiendo este modelo, Morel-Fatio se consagró como el máximo representante del hispanismo científico en Francia y, por consiguiente, en el “maestro indiscutido” de la primera generación de hispanistas, integrada por

figuras como Georges Cirot, René Costes, Georges Daumet, Henri Léonardon, Saroïhandy, Etchegoyen, Mario Schiff, Jules Laborde, Albert Mousset, Camille Pitollet, Léo Rouanet, Foulché-Delbosc, Barrau-Dihigo, entre otros. Como afirma Niño, la brillante carrera de Morel-Fatio llegó a ser “comparada a veces con la de Menéndez Pelayo y con la de Menéndez Pidal” en España (1988: 45). Sin embargo, para lograr la institucionalización de los estudios hispánicos en Francia, la labor de Morel-Fatio tuvo que ser completada por la obra de otro erudito francés, Ernest Mérimée. Entre ambos lograron hacer del hispanismo una disciplina con sus propias cátedras, diplomas, revistas, colecciones editoriales, instituciones y centros de investigación. Mientras Morel-Fatio “se encargó de definir el método de la disciplina, de dotarla de instrumentos de trabajo, de formar los futuros investigadores”, Ernest Mérimée “se ocupó de conseguir su institucionalización, su encuadramiento universitario, su extensión a la enseñanza secundaria y la formación de los cuadros docentes” (1988: 70).

Pues bien, Foulché-Delbosc fue uno de los discípulos más sobresalientes de Morel-Fatio en la *École Pratique des Hautes Études*. Tal fue su interés y entrega por el estudio de la lengua y la literatura españolas que, desde muy temprano, llegó a redactar y publicar “una gramática española, un libro de ejercicios de español, unas gramáticas de portugués y catalán, y un sistema práctico para el estudio de las lenguas vivas” (Niño, 1988: 143). Gracias a estos trabajos y a la intermediación del Maestro, Foulché-Delbosc consiguió una beca para realizar su primer viaje a la península ibérica en 1891, con el expreso propósito de estudiar el manuscrito de la *Guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza. Después del viaje, sin embargo, la relación entre maestro y discípulo se rompió: de ser uno de los más prometedores alumnos de Morel-Fatio, Foulché-Delbosc pasó a ser un rebelde. Lo interesante de su rebeldía es que ésta nunca se manifestó contra el modelo filológico implantado por el maestro sino contra su autoridad institucional, lo que llevó a Foulché-Delbosc a proponer otro espacio posible de construcción del hispanismo: uno independiente, ajeno a las academias y universidades francesas; un espacio que, en definitiva, se materializaría en la *Revue Hispanique* como refugio de erudición y autonomía intelectual.

Dos hechos motivaron el rompimiento entre ambos filólogos. El primero de ellos, de acuerdo con Niño (1988: 143-144), se produjo a raíz de la negativa de Foulché-Delbosc de entregarle al maestro el hallazgo principal de su viaje a España, el texto *Guerra de Granada*. Morel-Fatio, que no era muy dado a viajar, nutría sus investigaciones con los documentos que sus alumnos becarios traían del extranjero. Foulché-Delbosc se negó a continuar con esta práctica y decidió trabajar por su propia cuenta y en función de sus inquietudes, el texto en cuestión. El resultado fue una disputa filológica entre el maestro y el

discípulo, misma que se manifestó en réplicas y contrarréplicas redactadas en el transcurso de varios años.

El segundo hecho, más decisivo, fue el comienzo de la publicación, a iniciativa de Foulché-Delbosc, de la *Revue Hispanique*, primer órgano de difusión del hispanismo francés. Con sus propios recursos y la ayuda de su amigo Peseux-Richard, Foulché-Delbosc lanzó el primer número de la revista en marzo de 1894. Morel-Fatio, que había concebido tiempo atrás la idea de una publicación periódica que diera a conocer el movimiento hispanista, se negó a colaborar con la *Revue Hispanique* por tratarse de un proyecto ajeno a su dirección y liderazgo. En cambio, Ernest Mérimée, el segundo al mando del proceso de institucionalización del hispanismo, colaboró en un primer momento con la empresa editorial de Foulché-Delbosc. Sin embargo, en 1899, Mérimée, junto a Morel-Fatio y algunos discípulos suyos, sacaron a la luz pública, desde la ciudad de Burdeos, una nueva publicación, el *Bulletin Hispanique*. Según contaba Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña en la carta anteriormente citada, la aparición del *Bulletin* tuvo el expreso propósito de hacerle competencia a la *Revue Hispanique*, para lo cual Ernest Mérimée les escribió “a todos los amigos de Foulché Delbosc para quitarle redactores” (Martínez, 1986: 394). Aunque Reyes comentaba que “Morel-Fatio cayó en la cosa por inconsciencia” sin “mala voluntad” hacia Foulché-Delbosc, lo cierto es que la aparición de la nueva revista selló la ruptura entre ambos. A partir de ese momento quedaron constituidas dos publicaciones como manifestaciones de dos modelos enfrentados de hispanismo francés: el *Bulletin Hispanique* como vocero del hispanismo oficial, institucionalizado, pedagógico, encabezado por Morel-Fatio y Mérimée; y, por otro, la *Revue Hispanique* como expresión de un hispanismo erudito e independiente impulsado por Foulché-Delbosc.

La *Revue Hispanique* fue una publicación que, pese a la competencia, gozó de larga vida. Logró sostenerse como revista trimestral, con números que oscilaban entre las 100 y las 150 páginas, durante casi 39 años. Su existencia estuvo estrechamente ligada a la existencia de su fundador: la *Revue Hispanique* era Foulché-Delbosc y Foulché-Delbosc era la *Revue Hispanique*. Prueba de este mimetismo fue el hecho de que una vez muerto el director-fundador en 1929, sólo aparecieron dos números más de la publicación, uno en 1930 y el último en 1933. La clave, sin embargo, para entender la larga duración de la *Revue Hispanique* no está en los recursos económicos de Foulché-Delbosc, sino en un financiamiento que éste logró conseguir, a partir de 1905, de una figura pionera en el desarrollo de los estudios hispánicos en Estados Unidos: el millonario Archer Milton Huntington (1870-1955), fundador de la Hispanic Society of America, instalada en la ciudad de Manhattan en 1904. Huntington fue un mecenas, cuya gran afición por la literatura española lo llevó a reunir una

brillante colección de manuscritos ibéricos, con base en la cual realizó ediciones de lujo de algunos de esos manuscritos, fundó un museo y una biblioteca que, como lo expresó el español Federico de Onís, constituyeron “el monumento más grandioso que se ha levantado a España en el extranjero” (Díaz, 2006: 147-148), y, además, auspició la visita a Estados Unidos de algunos de los escritores españoles más importantes del periodo —María de Maeztu, Vicente Blasco Ibañez, Ramón Menéndez Pidal, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, entre otros— (Naranjo, 2003: 156).

Parte, pues, del mecenazgo de Huntington fue el financiamiento otorgado a Foulché-Delbosc para el sostenimiento de la *Revue Hispanique*. Gracias a la relación transatlántica entre ambos casi la revista se pudo publicar ininterrumpidamente hasta la muerte de su fundador, editarse simultáneamente en París y Nueva York, y sumar a la lista de sus colaboradores figuras destacadas del mundo académico anglosajón. En efecto, la red de escritores que Foulché-Delbosc logró convocar incluyó a estudiosos de Inglaterra y Estados Unidos como James Fitzmaurice-Kelly, Aubrey F. G. Bell, Joseph E. Gillet, William Atkinson, John D. Fitz Gerald, Henry Percival Biggar, Philip H. Churchman, George W. Bacon, Hugh Thomas, John M. Hill, Edgar Allison Peers, H. R. Lang. A este grupo habría que agregar a los colaboradores originarios de Francia, como Georges Desdèvises du Dézert, Ernest Mérimée, H. Peseux-Richard, Lucien Barrau Dihigo, Léo Rouanet, Adolphe Coster, E. Gigas. De España a Julio Puyol y Alonso, Marcelino Menéndez Pelayo, Juan y Ramón Menéndez Pidal, Adolfo Bonilla y San Martín, León Medina, Joaquim Miret i Sans, Miguel Asín Palacios, Narciso Alonso Cortés, Pedro Sainz Rodríguez. De Alemania a G. Baist, Konrad Haebler, Ludwig Pfandl, Edmund Schramm, Ernst Werner. De Portugal a Gonçalves Vianna, J. Leite de Vasconcellos y Carolina Michaëlis de Vasconcellos. Y, por supuesto, de América Latina a Rufino José Cuervo, Antonio Gómez Restrepo, Paul Groussac, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Ventura y Francisco García Calderón, Abel Alarcón, Federico García Godoy, Pedro Henríquez Ureña, Gonzalo Zaldumbide y Hugo D. Barbagelata.³

Con excepción del colombiano Rufino José Cuervo y del franco-argentino Paul Groussac, cuyas colaboraciones en la *Revue Hispanique* aparecieron entre los años de 1895 y 1906,⁴ el resto de los intelectuales latinoamericanos comen-

³ Para un listado completo de los contenidos y los colaboradores de la *Revue Hispanique* véase el índice de la revista en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/revista?codigo=12515> [consultado el 22 de octubre de 2017] o algunos números digitalizados en <https://archive.org>.

⁴ Los textos de Rufino José Cuervo fueron “Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas”, en *Revue Hispanique*, tomo II, núm. 4, 1895: 1-69; “Disquisiciones sobre antigua ortografía y pronunciación castellanas II”, en *Revue Hispanique*, tomo V, núm. 15,

zó a tener una presencia destacada en la revista a partir de 1914. El estallido de la Primera Guerra Mundial les abrió una coyuntura favorable para que —ante la escasez de colaboradores europeos— participaran activamente en la consolidación de la *Revue Hispanique* como un espacio erudito e independiente, al interior del cual podían ensayar y presentar sus trabajos en el campo de la filología y, en concordancia con esto, pugnar por la inclusión de las lenguas y las literaturas de América Latina dentro de las reflexiones metropolitanas sobre el hispanismo. Tres *alters* fueron claves en la consolidación de esta red de escritores latinoamericanos que se conformó alrededor de Foulché-Delbosc y su revista: los hermanos peruanos Ventura y Francisco García Calderón (1886-1959; 1883-1953) y el mexicano Alfonso Reyes (1889-1959).

Los tres formaron parte del colectivo de escritores del que hacia el primer cuarto del siglo XX convergió en el eje París-Madrid, conformando lo que Beatriz Colombi (2008: 544) considera el “primer ingreso masivo de la inteligencia hispanoamericana en un concierto internacional”. Como lo afirmó uno de los integrantes del grupo, Manuel Ugarte, se trató de una “generación viajera”, cuyos rasgos compartidos fueron la expatriación voluntaria por razones políticas o por incompatibilidad de distinto orden con el medio de origen, la fidelidad hacia los precursores americanistas, la búsqueda de una literatura nueva y propia, la necesidad de profesionalización, la defensa de un programa continental, la conciencia antiimperialista y la intervención pública en los sucesos de la época (Colombi, 2008: 547). Rubén Darío, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, José Santos Chocano, José María Vargas Vila, Alcides Arguedas, Alejandro Sux, Joaquín Edwards Bello, Manuel Ugarte, Rufino Blanco Fombona, Leopoldo Lugones y, por supuesto, Ventura y Francisco García Calderón fueron las figuras más visibles y reconocidas de esta constelación de intelectuales inmigrantes.

Francisco García Calderón destacó dentro del grupo por ser un escritor que, en menos de ocho años de estar en Europa trabajando en la Legación de Perú, logró lo que cualquier escritor latinoamericano de la época podía desear: ser publicado por las principales casas editoras de París; contar con dos libros escritos en francés —*Le Pérou contemporain* (1907) y *Les démocraties latines de l'Amérique* (1912)—, uno de los cuales, además, fue traducido al inglés y al alemán; y gozar del reconocimiento y la amistad de pensadores franceses

1898: 273-313; “Lindo”, en *Revue Hispanique*, tomo IX, núm. 29-32, 1902: 5-11; “El elemento popular en el diccionario de la Academia Española”, en *Revue Hispanique*, tomo IX, núm. 29-32, 1902: 12-17. Por su parte, Paul Groussac publicó “Le livre del ‘Castigos e Documentos’ atribüé au roi D. Sanchez IV”, en *Revue Hispanique*, tomo XV, núm. 47-48, 1906: 212-339.

como Gustave Le Bon y Émile Boutroux. Con este prestigio a cuestas, explica Luis Loayza (2009: 34-44), García Calderón fungió como “uno de los grandes mediadores entre Europa y América durante el primer cuarto del siglo”, llevando adelante “no una sino varias carreras literarias”: escribir artículos para periódicos y revistas; publicar sus libros y editar los ajenos; dirigir *La Revista de América*, cuyo “vasto plan [era] trata[r] de reunir a todos los mejores escritores [americanos] y promover que unos conozcan a otros por la acción de ese órgano”;⁵ y, finalmente, “para sus lectores de *La Nación* de Buenos Aires, *El Figaro* de La Habana o *El Comercio* de Lima, [ser] el observador atento e inteligente de la vida cultural europea” (Loayza, 2009: 34-35).

Un joven Alfonso Reyes conoció cara a cara a este famoso García Calderón en 1913, al arribar a París también como funcionario diplomático en la Legación de México. El contacto entre ambos, sin embargo, fue anterior: se aproximaron a partir de intercambios epistolares que cultivaron unos años atrás, gracias a los cuales Francisco García Calderón colaboró en la publicación, por parte de la editorial francesa Paul Ollendorff, del primer libro de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* (1911). En aquella ocasión, la colaboración del escritor peruano se tradujo en un prólogo “espontáneo” en el que quedó condensada la imagen pública que hasta ese momento se tenía del “efebo mexicano”: ser el “Benjamín” de

... un simpático grupo de escritores, pequeña academia mexicana, de libres discusiones platónicas. En la majestuosa ciudad de Anáhuac, severa, imperial, discuten gravemente estos mancebos apasionados. Pedro Henríquez Ureña, hijo de Salomé Ureña, la admirable poetisa dominicana, es el Sócrates de este grupo fraternal, me escribe Reyes. Será una de las glorias más ciertas del pensamiento americano [...]. Junto a Henríquez Ureña y Alfonso Reyes están Antonio Caso, filósofo que ha estudiado robustamente a Nietzsche y Augusto Comte, enflaquecido por las meditaciones, elocuente, creador de bellas síntesis; Jesús T. Acevedo, arquitecto pródigo en ideas, distante y melancólico, perdido en la contemplación de sus visiones; Max Henríquez Ureña, hermano de Pedro, artista, periodista, brillante crítico de ideas musicales; Alfonso Cravioto, crítico de ideas pictóricas; otros varios, en fin, cuyas aficiones de noble idealismo se armonizan dentro de la más rica variedad de especialidades científicas.

Comentan estos jóvenes libremente todas las ideas, un día las *Memorias* de Goethe, otro la arquitectura gótica, después la música de Strauss. Preside a sus escarceos, perdurable sugestión, el ideal griego. Conocen la Grecia artística y

⁵ Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes, París, 3 de diciembre de 1911 (Vargas, 2009: 176).

filosófica, y algo del espíritu platónico llega a la vieja ciudad colonial donde un grupo ardiente escucha la música de ideales esferas y desempeña un magisterio armonioso (García, 2009: 30-31).

El encuentro en París transmutó los intercambios epistolares de García Calderón y Reyes en el inicio de una “amistad difícil” que, pese a los recelos y las frialdades del primer momento, siempre dio paso a las colaboraciones, los diálogos intelectuales, las visitas en casa y los elogios mutuos. Reyes acabó por ser uno de los escritores hispanoamericanos que contribuyó con su pluma en la efímera *Revista de América* y, además, se hizo amigo de escritores peruanos cercanos a Francisco García Calderón, como José de la Riva Agüero y su hermano Ventura. Sobre éste último, Reyes refirió lo siguiente en una carta a Pedro Henríquez Ureña del 7 de noviembre de 1913:

Ventura García Calderón es parecido a su hermano, pero mucho más corpulento. Usa también espejuelos. Desde luego, está más contento de la vida y de sí mismo que Francisco, y tiene un don particular para conversar en sociedad. Tiene mucho aplomo y “señorío en el decir y el obrar” (*vide* Gracián), en tanto que Francisco es tímido y engañoso. Es un perfecto parisiense (busca en *Mundial* sus crónicas sobre París). Conoce todos los teatros y espectáculos (tiene pase); trata a todo el mundo; sobre todo, está al tanto de cada nueva sala de té que se inaugura. Es el primer hombre que conozco que, hablando con señoras, con *visitas*, las divierta sin dejar de ser literato, y sepa mezclar admirablemente el tema literario que se agita en el fondo de todas sus conversaciones con los atractivos *visuales objetivos* de la vida real y actual. Rarísimo don, para mí al menos, del todo vedado. Tiene una alegría intelectual tan constante que se siente uno, que me sentí yo —pobre representante de un pueblo triste, pobre analista sin fe más que en el *procedimiento* y nunca en las *finalidades*— muy inferior a él.⁶

De alguna manera, la presencia en Europa facilitó que tanto Reyes como los hermanos García Calderón fueran los colaboradores de América Latina más asiduos de la *Revue Hispanique*. Entre los tres redactaron 14 de los 28 estudios latinoamericanos publicados en la revista de Foulché-Delbosc. “[H]as de saber —le contaba Reyes a Henríquez Ureña— que su director me ha pedido que escriba para ella (gratuitamente: ya lo supondrás. En ninguna parte de la Tierra se paga el escribir, por el sencillo motivo que es una necesidad semejante a la de respirar: ¿a quién le habían de pagar porque resuelle?).”⁷ No

⁶ Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, París, 7 de noviembre de 1913 (Martínez, 1986: 237).

⁷ Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, París, 26 de octubre de 1913 (Martínez, 1986: 212)

sabemos exactamente cómo los hermanos García Calderón conocieron al hispanista francés; lo que sí sabemos es que Francisco dejó uno de los retratos más elocuentes del filólogo, enfatizando, precisamente, su “hispanismo militante” e independiente de las academias francesas, su erudición vasta y solitaria, y los métodos de su quehacer filológico, muy al estilo del maestro Morel-Fatio. Relataba García Calderón a sus lectores argentinos de *La Nación*:

Es un solitario. Ni la Sorbona ni las revistas famosas le conquistan. Al margen de las instituciones oficiales trabaja en silencio. En la misma escuela francesa de hispanistas conserva su celosa originalidad. Parece, en su castillo de libros, un cenobita de suave voz un poco velada que ha levantado sobre las miserias de la vida cotidiana sus predilecciones literarias como defensa. Se adivina en él una discreta tristeza, la melancolía de quien contribuye con pulidos materiales a levantar el templo futuro que no verá [...]. Dolor de estos grandes eruditos a través de la floresta de obras arcaicas: quisieran fijar definitivamente el pasado y de los documentos sólo surge una visión limitada y fragmentaria [...].

El Sr. Foulché Delbosc renueva, con noble tesón, la erudición española [...]. Su obra personal es la más notable colección de monografías sobre literatura española. Noticias, observaciones, notas, llama a sus excursiones por las edades pretéritas a donde no llegó siempre la devota investigación, el método moderno, ni la severidad de los especialistas. Rara vez denomina su trabajo “estudio”; si lo hace, estad seguros de que ha escrito páginas definitivas [...]. Nada escapa a su lento vagar por los libros, a su lúcida pasión. De las mejores escuelas francesas posee el método seguro. Agrega al acervo erudito, el don cierto, la intuición. Pertenece a la raza singular de espíritus que dudan fervorosamente y no aventuran una leva afirmación sin abrumar con datos perentorios [...]. Lleva a estudios en que dominó muchas veces la improvisación, el sentido angustioso de las responsabilidades, los escrúpulos de un jansenista, la laboriosidad de un benedictino, la precisión constante y la claridad infatigable [...].

Prepara una edición de Góngora, que será seguramente un modelo de exactitud, el más fiel de los textos, obra de diez años de eximia aplicación. Ha publicado “La Celestina” y las “Coplas” de Jorge Manrique. A editar las poesías del siglo XV consagra el mismo erudito afán en la operosa intimidad de sus vigiliadas [...]. Su hispanismo militante se revela, sobre todo, en una publicación periódica. En ella reúne textos inéditos, estudios de crítica, documentos selectos, sabias reconstrucciones, el examen de problemas no resueltos, páginas de literatura comparada, análisis de libros excelentes. Desde su mirador del bulevar Maiesherbes, estudia este gran erudito el suntuoso pasado español. Congrega a espíritus distinguidos en su hospitalaria tienda de sabiduría. Allí Fitzmaurice-Kelly y Bonilla y San Martín, Desdevises du Désert y Paul Groussac, Farinelli y Cuervo, Rennert y Vasconcellos, representantes del hispanismo europeo y americano, estudian periódicamente antiguas obras, violan el misterio de los viejos archivos, aplican nuevos métodos a una historia rica en creaciones perdurables. La “Biblioteca Hispánica” que imprime

en Madrid reúne, en ediciones definitivas, libros clásicos. No las consideramos definitivas, porque esta escrupulosa erudición solo admite provisionales ensayos para restablecer un texto antiguo en su pureza [...] (García, 1933: 202-205).

Si a Francisco García Calderón le debemos este retrato público de Foulché-Delbosc, a Alfonso Reyes le podemos atribuir retratos íntimos del hispanista, resguardados en su correspondencia con Pedro Henríquez Ureña. Al igual que con García Calderón, Reyes buscó el acercamiento con Foulché-Delbosc antes de su arribo a Francia. Como explica Sergio Ugalde (2016: 155), en su afán por dar a conocer *Cuestiones estéticas* entre los principales filólogos del mundo, Reyes propició un primer encuentro epistolar con Foulché-Delbosc hacia 1911. Con este antecedente, la visita a la casa del hispanista francés, una vez que Reyes se instaló en París, se volvió obligada. “Ayer [25 de octubre de 1913] a las diez de la mañana llamé a la puerta del cuarto piso que habita. Su casa está cerca de la mía. Me abrió [...] un individuo que nunca creí que fuera Foulché-Delbosc”.⁸ Alto y “bien proporcionado”, con “un ligero abultamiento del vientre” propio de hombres sedentarios, barbado y con bigote, ojos expresivos y nariz grande, cabello sin canas, en definitiva, un joven habitando un apartamento “común y corriente” pero lleno de “libros, libros, libros, libros” (Martínez, 1986: 213). Reyes llegó a considerar a este joven filólogo su “gran amigo”. Entre ambos compartieron el enorme interés por la obra de Góngora, la admiración hacia Menéndez Pelayo y las inquietudes “en materia de hispanismo”. Foulché-Delbosc, además de ofrecerle al mexicano un espacio en su publicación, le brindó toda su asesoría “bibliográfica, que es todo lo que conozco y puedo”. En correspondencia, Reyes publicó sus artículos sobre “El Periquillo Sarmiento y la crítica mexicana” y sus “Cuestiones gongorianas” en la *Revue Hispanique* y se volvió confidente del francés, al punto de conocer el origen de sus desavenencias con Ernest Mérimée y las razones de sus diferencias filológicas con el español Menéndez Pidal.

Fue la tríada conformada por Reyes y los hermanos García Calderón el punto de apoyo en el que se sostuvo Foulché-Delbosc para llevar a cabo el proyecto de “historiar la actividad espiritual del Nuevo Mundo tumultuoso”, como decía Francisco García Calderón. “Lo que realizó Menéndez Pelayo en una importante antología, la narración animada y rápida de nuestro esfuerzo de tres siglos, van hoy a escribirla, como necesaria réplica, selectos analistas que conciliarán el amor al pasado castizo con la más estricta justicia literaria” (García Calderón, 1933: 208). Por lo que muestran las cartas de estos autores,

⁸ Carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, París, 26 de octubre de 1913 (Martínez, 1986: 213).

el proyecto original nació del acercamiento entre Ventura García Calderón y Foulché-Delbosc. “Ventura —le informaba Francisco a Alfonso Reyes en una misiva del 23 de mayo de 1915— está en relación con Foulché-Delbosc que le ha pedido un artículo sobre la literatura peruana para su revista. Al mismo tiempo, dirige una encuesta sobre el Quijote que va resultando muy bien”.⁹ Efectivamente, Ventura abrió la serie con el artículo titulado “La literatura peruana” y, aproximadamente dos años después, publicó una segunda colaboración suya sobre “La literatura uruguaya”, escrita en co-autoría con el uruguayo Hugo D. Barbagelata, uno de los principales difusores de la obra de José Enrique Rodó en Europa y, además, miembro del comité de redacción de *La Revista de América*. La labor de Ventura García Calderón, empero, no se limitó a la escritura de estos dos artículos, incluyó, también, la búsqueda de nuevos colaboradores. Entre los convidados estuvo, por supuesto, Alfonso Reyes, a quien el peruano solicitó un estudio sobre la literatura mexicana. Debido al estallido de la Gran Guerra, acontecimiento que obligó a Reyes a abandonar Francia para trasladarse a España, dicha petición no fue satisfecha. En consecuencia, la misma invitación tuvo que hacerse a otro autor: Pedro Henríquez Ureña.

La carta con la que iniciamos este trabajo muestra las condiciones bajo las cuales Francisco García Calderón, a nombre de su hermano, solicitó a Henríquez Ureña un “estudio-resumen sobre la literatura de México”. La elección del dominicano no fue casual; Pedro Henríquez Ureña fue, por aquellos años, amigo “cercano” de casi todos los involucrados en el proyecto. Como bien se sabe, desde 1906 era amigo entrañable de Alfonso Reyes, con quien logró mantener la amistad, en medio de las errancias y los exilios de ambos, gracias a prolíficos intercambios epistolares. De igual manera, aproximadamente desde 1908 —tal como lo muestra un conjunto de cartas resguardado actualmente en el Archivo General de la Nación de República Dominicana—, Henríquez Ureña inició, a sugerencia de José Enrique Rodó, una activa correspondencia con Francisco García Calderón, la cual les permitió a ambos intercambiar libros, revistas, opiniones e ideas en torno a la producción intelectual de América Latina. “Es usted de los amigos en quienes más me place estar en relación intelectual y

⁹ Carta de Francisco García Calderón a Alfonso Reyes, París, 23 de mayo de 1915 (Vargas, 2009: 178-179). Existe una contradicción de fechas entre el momento en que Ventura García Calderón redactó su texto sobre “La literatura peruana”, hecho que data del año de 1915, y el año en que supuestamente fue publicado dicho artículo en la *Revue Hispanique*, 1914. Este aparente “error” de fechas consideramos que se puede explicar del modo siguiente: los números de la *Revue Hispanique* correspondientes al año de 1914, año del estallido de la Gran Guerra, en realidad no se publicaron sino hasta 1915; sin embargo, una vez publicados, se les asignó el año de 1914 a fin de no perturbar el orden sucesivo de la publicación.

amistosa”, le decía García Calderón al dominicano en una carta de 1908.¹⁰ Finalmente, alrededor de 1912, al igual que Reyes, Henríquez Ureña inició el intercambio epistolar con Foulché-Delbosc hasta convertirlo en un constante destinatario de sus trabajos sobre filología, filosofía y literatura. El escritor dominicano envió al filólogo francés textos como sus “Tablas cronológicas de la literatura española”, “Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la independencia”, su estudio sobre “Hernán Pérez de Oliva”, *El nacimiento de Dionisos* y un ejemplar de la *Antología del Centenario*, preparada junto a Luis G. Urbina y Nicolás Rangel. Así lo constata una carta de Foulché-Delbosc al dominicano fechada el 22 de marzo de 1916:

Mi distinguido señor: No sé si esta carta tendrá más suerte que la que le escribí á V. hace unos meses, creo recordar que á Washington: como quedó sin contestación, supongo no llegaría á sus manos. En ella le felicitaba por su muy buen estudio sobre Pérez de Oliva al mismo tiempo que le agradecería el envío de un ejemplar. Hoy tengo que darle las gracias por *El nacimiento de Dionisos*, que acaba de entregarme el Sr. García Calderón. Lo he de leer esta semana.

V. estará ya escribiendo la “Literatura mexicana” que le hemos pedido para la *Revue Hispanique*: es asunto de gran interés, y nadie puede darle [ilegible] mejor que V. Lo cual no ha de ser un obstáculo para que nos mande, cuando guste, estudios monográficos que se acogerán con sincero y merecido entusiasmo.

Disponga, en cuanto pueda servirle, de quien le estima y aprecia de veras,
R. Foulché Delbosc.¹¹

Lo destacable de la participación de Henríquez Ureña en el proyecto historiográfico de la *Revue Hispanique* es que, aun cuando el artículo que publicó fue sobre “Literatura dominicana”, gracias a su intermediación tres autores caribeños se incorporaron a la red: su hermano Max Henríquez Ureña, el cubano José Chacón y Calvo y el dominicano-cubano Federico García Godoy. Éste último, reconocido crítico literario de República Dominicana, que además se distinguía por sus relaciones epistolares con escritores como José Enrique Rodó, Manuel Ugarte o Rufino Blanco Fombona, fue invitado por Pedro Henríquez Ureña para encargarse de la escritura del artículo relativo a la historia de la literatura dominicana. “Remité ya el estudio pedido por usted a García Calderón. Excede en mucho a las 25 páginas señaladas como límite. Lo encuentro, sin embargo, muy deficiente por lo pasivo con que fue escrito

¹⁰ Carta de Francisco García Calderón a Pedro Henríquez Ureña, Londres, 23 de julio de 1908, AGN, cartas PHU_8, carpeta 13_carpetilla 4, foja 2.

¹¹ Carta de Foulché-Delbosc a Pedro Henríquez Ureña, París, 22 de marzo de 1916, AGN, cartas PHU_6, carpetilla 49, 2 fojas.

y por la falta de completa documentación [...]. [A]l hablar de usted me referí al *Nacimiento de Dionisio* [sic]. Me ha gustado muchísimo. Lástima que por lo exiguo del tamaño de mi estudio no pudiera hablar con mayor extensión de su bellissimo trabajo”.¹² Pese a las opiniones del autor sobre su propio texto, éste apareció publicado en París en el número 91 de la *Revue Hispanique* y, en Nueva York, como folleto de una tirada aparte, en 1916. Con ambas ediciones, García Godoy vio aumentar significativamente su capital simbólico dentro de un campo intelectual dominicano en pleno proceso de construcción.

La incorporación de Max Henríquez Ureña en el proyecto, por intermediación de Pedro y Alfonso Reyes, resulta significativa por dos razones. Primero, porque dio por resultado un estudio sobre la historia de la literatura cubana que, si bien al final no se publicó en la *Revue Hispanique*, fue el principio de sus futuros trabajos historiográficos sobre la literatura de la Isla. La razón por la cual se le asignó a este escritor dominicano dicho tema fue porque, entre otras cosas, después de su salida de México en 1909, pasó a ser una figura destacada del campo intelectual cubano, gracias a su participación en la fundación de la Sociedad de Conferencias de Santiago de Cuba, y a su colaboración en publicaciones periódicas de resonancias continentales, como *El Fígaro* o *Cuba Contemporánea*. Pedro Henríquez Ureña le había sugerido a su hermano acercarse a Foulché-Delbosc, a través de Alfonso Reyes, desde noviembre de 1913, con el envío de ejemplares “atrasados” de *Cuba Contemporánea*. La finalidad era que el francés conociera los trabajos de Max pero, también, el texto “Los orígenes de la poesía en Cuba” de José Chacón y Calvo.¹³ Así ocurrió y Foulché-Delbosc decidió solicitar a Max Henríquez Ureña, hacia 1918, primero a través de cartas y después en persona, la escritura de la historia literaria de Cuba. A finales de 1920, Max Henríquez Ureña envió a París una primera parte del trabajo para su revisión;¹⁴ empero, el texto en su versión completa nunca se publicó. El motivo de este desenlace —que, quizá, fue el motivo por el cual ni Alfonso Reyes ni Pedro Henríquez Ureña publicaron los ensayos sobre la historia de la literatura de México que les solicitaron— fue que Max tenía la intención de reeditar el estudio como libro de texto para la enseñanza de la literatura en Cuba; sin embargo, la *Revue Hispanique* no permitía la reimpresión de los trabajos que se publicaban en sus páginas. “A

¹² Carta de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña, La Vega, 9 de febrero de 1916 (Vega, 2015: 410).

¹³ Carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, México, 11 de noviembre de 1913 (Martínez, 1986: 242-244).

¹⁴ Carta de Max Henríquez Ureña a Pedro Henríquez Ureña, En el mar, 14 de diciembre de 1920 (Vega, 2015: 451-452).

todo esto, paga muy poco: cinco francos la página”.¹⁵ Max Henríquez Ureña tuvo que esperar algunos años más para sacar a la luz pública su estudio en la revista *Archipiélago* de Santiago de Cuba, convirtiéndolo en el punto de partida de sus posteriores trabajos historiográficos, entre ellos, su *Panorama histórico de la literatura cubana*.

La segunda razón por la cual resulta significativo el caso de Max Henríquez Ureña es porque ilustra el modo *transnacional* en el que la mayoría de estos autores latinoamericanos procedió para la confección de sus estudios historiográficos. Escribir la historia literaria de cada país de América Latina implicaba, todavía por aquellos años, la búsqueda de documentos, la construcción de archivos. Dado que muchas de las fuentes primarias, sobre todo las pertenecientes a la época colonial, se hallaban dispersas en archivos europeos y americanos, la única vía para fundamentar adecuadamente las investigaciones que se estaban realizando era recurrir a la colaboración del amigo intelectual que se encontraba en Europa o Estados Unidos. Se trataba, pues, de documentar una historia de la literatura de la región procediendo en clave de red. Eso fue lo que hizo Max Henríquez Ureña al solicitar la ayuda de José Chacón y Calvo, quien en 1918 arribó a Madrid como parte de la Legación de Cuba en España.

Estoy preparando el trabajo que me pidió Foulché-Delbosc sobre “la literatura cubana”. Mucho le agradeceré las indicaciones que tenga a bien hacerme, sobre todo respecto de orígenes y de literatura colonial. Si usted me consiguiera un nuevo pasaje del “Poema” de Balboa, sería muy interesante y se lo agradecería mucho; no quisiera limitarme a lo citado por Echeverría. También me interesaría copia de los sonetos hasta ahora no publicados que preceden al “Poema” y un motete que se conversa en la *Historia* de Morell. Desde luego, yo citaré la fuente y consignaré que a usted debo esos datos. Me parece que para Foulché sería interesante publicar por primera vez el “Poema”, si usted quisiera prepararlo con introducción y notas críticas, según me dijo. Si usted quiere enviarme mi trabajo, le puedo indicar esto a Foulché, que estoy casi seguro que lo acogerá con sumo agrado. Indíqueme también si puedo ofrecerle a Foulché algún otro trabajo de erudición de usted. Ellos, si el autor lo pide, hacen tirada aparte o pagan a peso la página.¹⁶

De esta manera y sin proponérselo, José Chacón y Calvo terminó por inscribirse dentro de la red de colaboradores latinoamericanos que orbitaron alrededor de Foulché-Delbosc y su revista. Lo destacable de la red es que quedó

¹⁵ Carta de Pedro Henríquez Ureña a Max Henríquez Ureña, Minneapolis, 17 de enero de 1921 (Familia Henríquez Ureña, 1996: 114).

¹⁶ Carta de Max Henríquez Ureña a José Chacón y Calvo, Santiago de Cuba, 7 de abril de 1918 (Gutiérrez, 1982: 311-312).

integrada por figuras que, al paso de los años, habrían de jugar un papel protagonista en el desarrollo de los estudios hispánicos en América Latina y en la institucionalización de la filología y la literatura como disciplinas académicas. En efecto, hacia 1921 Pedro Henríquez Ureña regresará a México para participar activamente en la consolidación de las humanidades dentro de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional y presenciar la conversión de esta institución en Facultad de Filosofía y Letras. A su traslado a Argentina, colaborará con el Instituto de Filología de Buenos Aires y publicará algunos de sus trabajos más destacados en la *Revista de Filología Hispánica*, dirigida por Amado Alonso. Por su parte, Alfonso Reyes, a raíz de su salida de Francia, se instalará en Madrid, donde se integrará al Centro de Estudios Históricos para trabajar en su sección de Filología, encabezada por Menéndez Pidal. Fruto de este trabajo serán sus amistades intelectuales con filólogos españoles de la primera mitad del siglo XX, como Américo Castro, Tomás Navarro, Antonio G. Solalinde, Federico de Onís. Hacia la década de los cuarenta, Reyes regresará a México, fundará la Casa de España y encabezará su transformación en Colegio de México, centro dedicado al estudio de la literatura, la lengua, la historia, la filosofía, la sociología. Finalmente, escritores como Max Henríquez Ureña y José Chacón y Calvo formaran parte del grupo de colaboradores en el que se apoyará Fernando Ortiz para la creación de la Institución Hispanocubana de Cultura, organismo clave en el fortalecimiento de los intercambios académicos entre España y Cuba y punta de lanza en la construcción de los estudios culturales en el Caribe. Mientras Chacón y Calvo, gracias a su presencia en España, será brazo derecho de Ortiz para concretar los intercambios y las relaciones con escritores españoles, Max Henríquez Ureña fungirá, entre los años de 1926 y 1930, como el director de la Institución Hispanocubana de Cultura con sede en Santiago de Cuba, y fundará su órgano de difusión, la *Revista Archipiélago*.

“LA PRIMERA HISTORIA DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA”

Resulta relevante el contraste existente entre el modo *transnacional* en el que se procedió para poner en marcha el proyecto historiográfico de la *Revue Hispanique*, y el criterio eminentemente *nacional* que se fijó para la escritura de cada uno de los estudios sintéticos que debían conformar la serie. Pese a la afirmación de Francisco García Calderón de que se trataría de la primera historia de literatura *hispanoamericana*, no fue una incipiente idea de lo regional lo que guió cada estudio, sino el afianzado criterio de lo nacional. Al más puro estilo decimonónico, se eligió a la nación como el molde espacial al que debían ceñirse cada una de las interpretaciones historiográficas sobre lo literario. El

resultado fue un mosaico de monografías en el que si bien la reflexión sobre las literaturas nacionales funcionó como toque de reunión, cada autor acabó por desplegar modos diversos de escritura y prácticas historiográficas. Así, al lado de un Federico García Godoy encarnando la pervivencia de interpretaciones y abordajes propios del siglo XIX, se situó un Pedro Henríquez Ureña anticipando los nuevos enfoques desde los que habría de escribirse la historia literaria y cultural de América Latina en el transcurso del siglo XX.

La nación, sin embargo, no fue el único criterio fijado por el editor de la *Revue Hispanique* para la construcción de este proyecto de historia literaria. El segundo criterio fundamental fue el de la temporalidad que debía abarcar cada estudio: “desde la época colonial hasta la fecha”, le explicaba Francisco García Calderón a Pedro Henríquez Ureña. Al parecer ningún autor manifestó reparo alguno hacia esta delimitación temporal; de hecho todos, sin excepción, retrotrajeron los orígenes de sus respectivas comunidades nacionales a la época colonial. Una visión teleológica y culturalista de la nación se evidenció de este modo: aquella, según la cual, la nación en tanto que Estado político tenía su comienzo en el siglo XIX; entendida como comunidad cultural, lingüística y étnica remontaba su origen hasta el XVI. El periodo colonial se concibió como la cuna en común de las literaturas nacionales en Hispanoamérica; su estudio, por consiguiente, debía estar en el principio del relato historiográfico.

Esto, por supuesto, conllevó sus implicaciones políticas e ideológicas. Por un lado, sirvió para que los autores involucrados en el proyecto, al demostrar la peculiaridad y la pertenencia histórica de las lenguas y las literaturas hispanoamericanas dentro de la gran familia hispanohablante del mundo, pugnarán por su inclusión dentro de los estudios hispánicos que se estaban desarrollando en las metrópolis del mundo moderno. Por otro lado, se excluyó, de un plumazo, toda referencia a los mundos indígenas como *otros* posibles antecedentes de nuestras literaturas nacionales. Al respecto, el único autor que se pronunció sobre la cuestión fue Pedro Henríquez Ureña. En una nota al pie de página justificó la ausencia en su estudio de referencias amplias a las “elementales costumbres religiosas y artísticas” de los taínos de su isla afirmando que dicho tema no era competencia de los críticos y estudiosos de la literatura, sino de los etnólogos. “La historia literaria de Santo Domingo no tiene por qué comenzar con la exposición de esas elementales costumbres religiosas y artísticas, que pertenecen a la etnología y no a la literatura. Mencionaremos, sin embargo, estos hechos” (Henríquez Ureña, 1917: 275). A partir de este argumento de apariencia puramente académica, Henríquez Ureña intentó justificar una elección que era, también, ideológica y política: “[n]o es fantasía afirmar que en la isla comenzó a escribirse desde su descubrimiento. El diario de Colón, que conservamos extractado por el P. Las Casas, contiene las páginas con que

tenemos derecho de abrir nuestra historia literaria, el elogio de nuestra isla que comienza: ‘La Española es maravilla...’ (1917: 275).

Siguiendo a Beatriz González-Stephan, podemos afirmar que al elegir como punto de partida de la narración la época colonial se dio preferencia a una historia literaria fundada sobre una base hispánica, con lo que se creó “una imagen mutilada y, por consiguiente, deformada de la cultura literaria de Hispanoamérica” (González-Stephan, 2002: 228-229). Si bien en todas las monografías que conformaron la serie historiografía de la *Revue Hispanique* los autores se mostraron bastante críticos hacia el período colonial, lo cierto es que la lengua española fue reivindicada como la gran herencia del colonialismo, principio de unidad de las diversas literaturas nacionales y elemento de “vinculación con los centros neurálgicos de la cultura”. Con este enfoque, no es de extrañar que las historias literarias hayan concentrado su atención en las producciones escritas en español, cuya materialización por excelencia se hallaba en el formato del libro. En todo caso, se trataba de demostrar que teniendo como fuente común la lengua española, las literaturas de las naciones hispanoamericanas daban cuenta de las diferencias, variaciones y especificidades locales de esa lengua “primigenia”.

Con base, pues, en una espacialidad anclada en lo nacional y una temporalidad delimitada entre la colonia y el tiempo presente, los escritores latinoamericanos que colaboraron en la *Revue Hispanique* escribieron ensayos que dejaron traslucir modos diversos de “historiar” e interpretar el devenir histórico de la producción literaria. Tres modelos, por lo menos, se dibujaron dentro de la serie. El primero de ellos es el que ejemplifica Federico García Godoy en su artículo “La literatura dominicana”. En pleno umbral del siglo XX, este texto muestra la continuidad y pervivencia de interpretaciones decimonónicas sobre la nación y la literatura, en particular una que fue común en las historias literarias del siglo XIX: aquella que sostenía una relación causal entre literatura y nación, donde la primera constituía la expresión del “genio nacional” y, en consecuencia, los avatares políticos y sociales de la segunda marcaban el ritmo del desenvolvimiento histórico de la creación literaria.

En efecto, en el texto de García Godoy se propone una historia de la literatura dominicana escrita en función de la historia política de la nación. El argumento central expuesto en el ensayo lo podríamos resumir con esta frase: “la penuria intelectual [del país] guarda estrecha relación con circunstancias históricas”, en específico, con el complicado proceso de construcción del Estado nación dominicano.

Nuestra historia, resonante y épica, es, sin duda, la más variada y dramática de la América latina. Hemos pasado, de mano en mano, del dominio de una nación al

de otra, como manso rebaño, incapaz de sentir estremecimientos de fiera rebeldía. Hemos vegetado tres veces: la mayor parte de nuestra vida histórica, bajo la monarquía española; durante cinco o seis años pertenecemos al imperio napoleónico; hemos sufrido en dos ocasiones la vergonzosa dominación haitiana, y por nuestra propia voluntad, por el breve plazo de algunas semanas, formamos parte integrante de la gran Colombia, la portentosa creación del caraqueño insigne. De casi todas esas dominaciones hemos salidos aureolados por la victoria [...]. Pero en medio de tantos cambios y mudanzas persiste en sus principales aspectos, si acaso muy superficialmente modificado el tipo étnico hispano-americano, en que se han condensado con señorial predominio muy acentuadas formas espirituales de ver y entender la vida privativas de nuestros férreos antepasados (García, 1916: 64).

Para García Godoy, esta “variada y dramática” historia nacional constituye el germen o, si se prefiere, la clave explicativa de una historia literaria dominicana caracterizada por la inconsistencia, la falta de originalidad, la escasez de libros y la pobreza de ideas. La lógica no es otra más que ésta: a un complicado y continuamente interrumpido proceso de construcción nacional corresponde una precaria literatura nacional.

En el relato de García Godoy, este proceso se había originado durante la colonia, período en el que los “dominicanos”, después del “esplendor” de las primeras décadas de colonización, cayeron en el total olvido por parte de la metrópoli, viendo transcurrir su existencia entre la miseria, el abandono, la mendicidad y una “forzada quietud”. En un contexto de tal naturaleza, afirma el autor, “la literatura de la época colonial, por lo que a nosotros se refiere, ha sido pobre, paupérrima” (1916: 66). En el transcurso de tres siglos, los espacios de “fermento de cultura” se redujeron a las comunidades religiosas y, en menor medida, a la universidad primada de América. El tránsito hacia el siglo XIX no mejoró la situación, por el contrario. La sucesión de una dominación a otra, en particular la “noche dolorosa” de la “dominación haitiana” —en la que “los esclavos de ayer, los manumisos del latifundio haitiano [...] se convirtieron súbitamente de modo artero y brutal, en señores omnipotentes de la parte oriental [de la isla], de civilización ibérica” (1916: 75)—, mantuvo el estado de “desesperante esterilidad” intelectual y literaria. “Sólo cuando la independencia es un hecho consumado y la paz comienza a afianzarse surgen los cultivadores de la prosa selecta y de la poesía realmente sentida” (1916: 78). Según García Godoy, esto último ocurrió hasta la segunda mitad del siglo XIX o, de modo más preciso, hacia 1873, cuando un ambiente de “renovación política” afianzó el Estado independiente, propiciando el “florecimiento de las letras nacionales”. “Se fundaban sociedades con el objeto de estimular el cultivo de las letras. La prensa tenía libertad. Data de ahí el conjunto de esfuerzos mentales, cristalizados

en la prosa y en el verso, que forma una parte, la principal, de lo que apellidamos hiperbólicamente literatura dominicana” (1916: 81).

En la narración de García Godoy la literatura se limita a aparecer como la materialización en “prosa y verso” de la conciencia nacional, en tanto que la consolidación del Estado-nación se presenta como condición *sine qua non* de una literatura original y propia. En otras palabras, la historia literaria queda supeditada al criterio político de lo nacional. En buena medida, fue a contrapelo de este tipo de interpretaciones que escritores como Ventura García Calderón o Pedro Henríquez Ureña elaboran sus propias historias literarias. Mientras los textos del escritor peruano se hallan a medio camino entre las narraciones “catalográficas” del siglo XIX y los relatos que historiaban el hecho literario con independencia del devenir político de la nación, el texto de Pedro Henríquez Ureña se presenta como réplica directa a la narración de García Godoy, tanto en lo que se refiere a la interpretación como a la metodología.

En efecto, los artículos de Ventura García Calderón “La literatura peruana (1535-1914)” (1914) y “La literatura uruguaya, 1757-1917” (1917), éste último escrito en coautoría con Hugo Barbagelata, se pueden leer como un segundo modelo de escritura e interpretación historiográficas dentro de la serie de la *Revue Hispanique*. En ambos textos se trasluce el esfuerzo de sus autores por escribir una historia literaria que, sin prescindir por completo de una historia política de la nación, concibe el hecho literario como un hecho en sí mismo, capaz de ser historiado. La historia literaria deja de ser una simple subordinada de la historia política para constituirse en una historia con periodizaciones propias —por épocas, generaciones o movimientos literarios—, superpuestas a las periodizaciones del devenir histórico de la nación. Empero, estos textos no logran escapar por completo de los modelos historiográficos del siglo XIX. En ambos —al igual que en el texto de Abel Alarcón sobre “La literatura boliviana” (1917)— se reproduce un tipo de exposición que, como decíamos, fue también recurrente en las historias literarias de dicha centuria: la narración organizada en función de un *corpus* básico de autores y obras que, siguiendo una trayectoria cronológica, otorgaba orden a una materia dispersa y confirmaba la existencia de una tradición literaria nacional (González-Stephan, 2002: 224).

No es posible deslindar escuelas y definidas tendencias en la dispersa y lánguida historia de la literatura peruana. Más que literatura hubo literatos. Estos sólo fueron guerrilleros que hasta la “funesta edad” de los treinta años amagaban dones únicos, y bruscamente desmenuzaron su lirismo en triviales coplas o se callaron. Preferiremos, pues, a la historia de corrientes literarias, el orden cronológico de un “paseo entre libros” (García Calderón, 1914: 305).

Con base en este incipit, Ventura García Calderón presenta una historia literaria del Perú como “catálogo” cronológico de escritores. En ese sentido, más que un “paseo entre libros” se trata de un paseo entre literatos, donde al recuento de las obras se añade la biografía sucinta. Como explica González-Stephan (2002: 244), “el criterio regulador para la catalogación era la autoría”. En la cronología de García Calderón, el inicio de la historia literaria del Perú se remonta al cronista Garcilaso de la Vega (1539-1616), “el primer criollo, por ser hijo de español y de india; el primer literato, porque sus episodios de ‘la Florida’ están escritos en lengua cálida y muy vecina al lirismo” (1914: 307). A esta “gloria” fundacional le siguen dos figuras relevantes del siglo XVIII, muestras fehacientes del gran “esplendor limeño” de aquel periodo: Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides, “el portento del coloniaje, el erudito y políglota de fama europea, cuyo saber y pedantería asombran por igual” (1914: 340), y Pablo de Olavide, “el más ilustre peruano del coloniaje”, cuya reputación en España y Francia constituyó el precedente de “toda esa cohorte de americanos que, como Rubén Darío o Gómez Carrillo, contagiaron inquietudes de europeo a la vieja metrópoli” (1914: 348).

Frente a estas grandes figuras coloniales, se colocan los escritores del período independiente. Primero, aquellos que al calor de la contienda independentista dejaron de escribir libros para redactar proclamas, bandos, arengas —“la oratoria militar o política suplanta a toda literatura”— (1914: 353). Después, “¡los románticos!” —Carlos Augusto Salaverry, Clemente Althaus, Luis Benjamín Cisneros, Pedro Paz Soldán y Unanue, entre otros—, a quienes García Calderón maldice no por románticos, sino por faltos de “sincera correlación de vida y obra”, por escribir pero no vivir “en hipérbole” (1914: 356-357). Posteriormente, los más “famosos escritores en la historia literaria del Perú independiente”: Ricardo Palma, Manuel González Prada y José Santos Chocano, “representantes de tres generaciones sucesivas”. Al respecto, explica García Calderón: “Palma y Prada son casi contemporáneos; pero el primero simboliza bien, hacia 1870, las primeras orientaciones románticas que pronto va a abandonar. Prada comienza a ser admirado y seguido como parnasiano anti-romántico hacia 1880 y tantos; y Chocano forma parte de la generación que precede a la nuestra, la que iniciara un neo-simbolismo” (1914: 370). Finalmente, en el último peldaño del recuento, se halla la generación de 1900, aquella a la que pertenece el propio autor y, por supuesto, su hermano Francisco García Calderón, “el iniciador, el más admirado” (1914: 388).

Dos elementos valdría la pena resaltar de las historias “catalográficas” de Ventura García Calderón, cuyas elecciones y omisiones evidencian, también, los intentos del escritor por construir su propia genealogía literaria. El primer elemento es que a la enumeración de autores y obras le acompañaba siempre un

juicio, el juicio del historiador. La historia literaria se revela, en consecuencia, no como un mero enlistado de autores, sino como un ordenamiento jerárquico, construido a partir de criterios cronológicos y valorativos. Se procura juzgar a los autores y sus obras en función de valores nacionalistas, pero, igualmente, de valores estéticos, abiertos a la discusión y el disenso. El historiador se erige, de este modo, en un crítico literario, cuyo juicio resulta igualmente importante para orientar y organizar el recorrido histórico a través del pasado literario de la nación.

Ligado a esto último, un segundo elemento a destacar de estas historias catalográficas es que muestran los esfuerzos crecientes por periodizar la historia literaria siguiendo “los modelos europeos de épocas literarias”. Ya no se trata de ajustar el relato historiográfico sobre la historia literaria a los momentos históricos-políticos de la nación, sino de organizar dicha historia en función de sus propios periodos, generaciones o movimientos. Como muestran los textos “La literatura peruana” y “La literatura uruguaya”, de modo reiterado, se hace referencia al clasicismo, al gongorismo, al romanticismo, al naturalismo, al parnasianismo, al neo-simbolismo o al modernismo como “etapas” clave para ordenar el corpus nacional de autores y obras. Con el empleo de esta periodización, un nuevo dilema se pone en evidencia: si el esfuerzo por dar cuenta de la peculiaridad histórica de la literatura nacional conllevaba, igualmente, un denodado esfuerzo por hacer encajar la producción literaria nacional dentro de las corrientes generales de la literatura “universal”, ¿cómo determinar el grado de originalidad o imitación de las literaturas nacionales respecto a los modelos europeos?

Finalmente, un último modelo de escritura y práctica historiográficas que se revela dentro del proyecto de la *Revue Hispanique* es el propuesto por Pedro Henríquez Ureña en su texto “Literatura dominicana” (1917). Aunque, según su autor, el objetivo de este trabajo es sólo “completar, en lo que se refiere a la época colonial, el estudio ya publicado por el Sr. García Godoy sobre la literatura de mi país” (1917: 273), lo cierto es que Henríquez Ureña acaba por prefigurar otra forma posible de concebir y escribir una historia literaria: *la historia literaria como historia cultural*. Centrando el estudio, efectivamente, en los siglos XV al XVIII, el humanista dominicano desideologiza toda la interpretación historiográfica creada por García Godoy sobre la literatura dominicana de la colonia. A la preocupación por el tema de lo nacional, omnipresente en el relato de su compatriota, Henríquez Ureña antepone la precisión del dato, la abundancia de referencias bibliográficas, la originalidad del documento histórico, la crítica de fuentes, el comentario complementario en numerosas notas al pie de página, la exposición precisa y la búsqueda de síntesis interpretativas. En otras palabras, antepone los métodos y rigores de la filología

moderna, al más puro estilo de Morel-Fatio y Foulché-Delbosc. Así, contrario a la afirmación de García Godoy de que la literatura dominicana de la colonia había sido “pobre, paupérrima”, Henríquez Ureña muestra la existencia de un rico ambiente cultural en el Santo Domingo de la época, abundante en textos, instituciones, autores e ideas.

Lo más destacable, sin embargo, de este ensayo de Pedro Henríquez Ureña es la estrecha relación que se plantea allí entre historia literaria e historia cultural. A diferencia de las historias “catalográficas” de García Calderón o de la historia “nacionalista” de García Godoy, Henríquez Ureña propone historiar el hecho literario desde una dimensión más abarcadora: “la historia de la cultura dominicana en los siglos coloniales”. Se trata de dar cuenta ya no sólo de los libros y los autores de la época sino de las instituciones y procesos culturales que hacen posible su aparición: universidades, colegios, sistemas de enseñanza, vida religiosa, vida seglar, emigraciones, intercambios culturales entre países y, por supuesto, avances tecnológicos, como la imprenta.

No se ha escrito aún la historia de la cultura dominicana en los siglos coloniales. No es mucho lo que de ella se sabe. La leyenda local dice que la ciudad de Santo Domingo, en el siglo XVI, mereció el nombre de Atenas del Nuevo Mundo. La frase es muy del gusto español; pero ¡qué extraña concepción del ideal ateniense: una Atenea militar en parte, en parte conventual y escolástica! ¿En qué se fundaba el pomposo título? En la Universidad, desde luego; en el saber de los conventos, del Palacio arzobispal, de la Real Audiencia, después.

En el orden de la cultura, Santo Domingo precede a todos los países de América. Fue el primero que tuvo escuelas y conventos; el primero que tuvo sede episcopal; el primero que tuvo Real Audiencia; el primero a que se concedió Universidad. No fue el primero que tuvo imprenta: México (1539) y el Perú (1584) se le adelantaron. No se sabe cuándo apareció la tipografía entre nosotros; la versión usual, no confirmada, la coloca en el siglo XVII. Del XVIII, al menos, sí se conocen impresos dominicanos.

Y hubo de ser Santo Domingo el primer país que produjera hombres de letras, aunque los conocidos no son anteriores a los que produjo México. Dominicanos fueron, en el siglo XVI, el fraile dominicano Alonso de Espinosa, uno de los más antiguos escritores nacidos en América, y doña Leonor de Ovando y doña Elvira de Mendoza, las más antiguas poetisas del Nuevo Mundo (Henríquez Ureña, 1917: 273-274).

Podríamos decir que, en buena medida, este breve ensayo de Henríquez Ureña constituye un preludeo y un esbozo. Preludeo a temas, inquietudes e ideas en torno a la historia cultural y literaria de su país natal que, años más tarde, ampliaría en un texto como *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*. Esbozo de otra posible metodología para una historiografía literaria

de América Latina, con miras a “una nueva puesta en relación entre literatura, cultura y vida social” (Weinberg, 2014: 102). En efecto, dos planteamientos —que una y otra vez hallaremos en lo que Gutiérrez Girardot (2014) denomina el “‘modelo de explicación’ coherente y suscitador” de Henríquez Ureña— se anticipan y prefiguran en el artículo: primero, la propuesta de examinar la producción literaria del continente desde la dimensión más abarcadora del concepto de cultura; y, segundo, la posibilidad de anteponer a las narraciones nacionalistas sobre lo literario, la escritura de una historia *social* de la literatura, capaz de dar cuenta de “la relación entre fenómenos sociales y literatura y vida literaria y el carácter dialéctico de esta relación” (Gutiérrez Girardot, 2014: 256). Aquí, por supuesto, la clave está en esa fecunda mezcla entre historia cultural e historia social que, reiteradamente, se colocará en la base de las historias literarias construidas por el humanista dominicano. En el artículo de la *Revue Hispanique* estos planteamientos no se agotan y, sin embargo, encontramos en él un interesante prolegómeno, desde el que se proyectan algunos de los caminos por los que transitará la historiografía literaria del continente.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN, Abel (1917), “La literatura boliviana (1545-1916)”, *Revue Hispanique*, XLI.100: 563-633.
- COLOMBI, Beatriz (2008), “Camino a la Meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, en ALTAMIRANO, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*. Vol. I. Buenos Aires: Katz Editores, 544-566.
- DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (2006), *Sobre los principios: los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco (2009), “Alfonso Reyes”, en VARGAS, Rafael (comp.), *Alfonso Reyes y los escritores peruanos*. México: El Colegio de México, 30-31.
- (1933), “Un hispanista francés”, *Revue Hispanique*, LXXXI. 1: 202-209.
- GARCÍA CALDERÓN, Ventura (1914), “La literatura peruana (1535-1914)”, *Revue Hispanique*, XXXI. 80: 305-391.
- y BARBAGELATA, Hugo D. (1917), “La literatura uruguaya, 1757-1917”, *Revue Hispanique*, XL. 98: 415-542.
- GARCÍA GODOY, Federico (1916), “La literatura dominicana”, *Revue Hispanique*, XXVII. 91: 61-104.
- GÓMEZ RESTREPO, Antonio (1918), “La literatura colombiana”, *Revue hispanique*, XLIII. 103: 79-204.

- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (2002), *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (2014), “La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío”, en *Ensayos sobre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña*. México: El Colegio de México, 253-273.
- GUTIÉRREZ-VEGA, Zenaida (comp.) (1982), “Max Henríquez Ureña. Cartas de un maestro”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 380: 298-343.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1917), “Literatura dominicana”, *Revue Hispanique*, XL. 98: 273-294.
- HENRÍQUEZ UREÑA FAMILIA (1996), *Epistolario*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos.
- LOAYZA, Luis (2009), “Una amistad difícil. Alfonso Reyes y Francisco García Calderón, París, 1913/14”, en VARGAS, Rafael (comp.), *Alfonso Reyes y los escritores peruanos*. México: El Colegio de México, 34-44.
- MARTÍNEZ, José Luis Martínez (ed.) (1986), *Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NARANJO OROVIO, Consuelo (2003), *Los lazos de la cultura: el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*. Madrid: CSIC-Universidad de Puerto Rico.
- NIÑO, Antonio (1988), *Cultura y diplomacia: los hispanistas franceses y España, 1875-1931*. Madrid: CSIC-Casa de Velásquez-Société des Hispanistes Français.
- UGALDE QUINTANA, Sergio (2016), “Entre el ensayo y la filología: Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* y el Ateneo de la Juventud”, en ETTE, Ottmar y UGALDE, Sergio (eds.), *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid: Iberoamericana, 155-174.
- VARGAS, Rafael (comp.) (2009), *Alfonso Reyes y los escritores peruanos*. México: El Colegio de México.
- VEGA, Bernardo (ed.) (2015), *Treinta intelectuales dominicanos le escriben a Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia-Archivo General de la Nación.
- WEINBERG, Liliana (2014), “Crítica literaria y trabajo intelectual”, en VIVAS HURTADO, Selnich (coord.), *Utopías móviles. Nuevos caminos para la Historia intelectual en América Latina*. Bogotá: Diente de León Editor-Universidad de Antioquia, 90-117.